

La aguja en el pajar

Versión de Eesha Sardesai

Hace mucho tiempo en las regiones orientales de la India, vivía un gran Maestro espiritual, un poeta-santo conocido por impartir enseñanzas por medio de vívidas metáforas e incisivas analogías. Este Maestro tenía dos discípulos: el profesor Chatterjee y el señor Mathur.

El profesor Chatterjee era un académico reconocido, con casi tantos títulos en su nombre como dedos en sus manos. Era alto y delgado, llevaba anteojos de montura de cuerno, y tenía mechones de plata en su cabello, lo que le daba un aspecto distinguido. El profesor Chatterjee — como decía a quien quisiera escuchar — valoraba el conocimiento. Especialmente el conocimiento obtenido en los libros. Valoraba la teoría. La abstracción. La exploración de esas leyes invisibles que determinaban la naturaleza de todo en este universo.

El señor Mathur era un comerciante, uno enormemente exitoso. Era bajo y de pecho ancho, y lucía un bigote de manubrio impresionantemente grande. Cada día vestía una versión diferente de la misma kurta, una prenda sencilla de seda, porque no podía molestarse en dedicar tiempo eligiendo su ropa cuando había tanto por hacer. El señor Mathur — como *él* decía a quien estuviera interesado — era un hombre práctico. Favorecía la eficiencia y los resultados, y un (gran) retorno de su (preferiblemente pequeña) inversión.

El profesor Chatterjee y el señor Mathur eran amigos y rivales. Se sentían atraídos uno al otro por una devoción mutua por su Maestro, al mismo tiempo que uno se sentía confundido por la manera en que el otro abordaba la vida. El profesor Chatterjee pensaba que el señor Mathur se enfocaba mucho en los resultados y en las ganancias; estaba seguro de que el comerciante se perdía de la majestuosidad de la vida: los misteriosos interludios, las incógnitas persistentes, las grandes y pequeñas preguntas que se entrelazaban en cada momento y hacían de esta existencia un continuo descubrimiento.

El señor Mathur pensaba que el profesor Chatterjee tenía la cabeza en las nubes.

Sus diferencias se trasladaban a sus perspectivas en la práctica espiritual. El académico estudiaba minuciosamente sus libros, creyendo que todo lo que necesitaba ser conocido estaba contenido en las escrituras. Muchas noches se quedó dormido en su estudio, con la nariz sobre algún texto oscuro, y los dedos manchados de tinta debido a su escritura febril.

El comerciante no pensaba mucho en el estudio. *Él* era de la idea de que la meta se alcanzaría solamente por medio de la acción. Hacía cincuenta rondas de Surya Namaskar cada mañana, seguidas de meditación, aunque no siempre podía recordar en qué se suponía que tenía que meditar. Repetía sus mantras matutinos en cinco minutos, y hacía lo mismo con sus himnos vespertinos. No sabía mucho sobre el significado más profundo de las palabras que cantaba, pero así estaba bien para él. Si completaba al menos cuatro prácticas al día, lo consideraba un éxito.

Cada vez que los dos hombres se encontraban, se enfrascaban en feroces discusiones.

—¿Cómo va la lectura? —preguntaba el señor Mathur al académico. —Debe ir usted ya por su milésimo libro. Dígame, ¿ya está más cerca de la iluminación?

El profesor Chatterjee se burlaba y decía algo como: —Estoy más cerca que *usted*, al menos. ¿Cree que Dios entrega medallas para quienes pueden recitar su nombre más rápido?

Un día, el Maestro citó en su casa a ambos discípulos. Cuando se vieron, inmediatamente abrieron la boca, listos para reanudar sus ya conocidas líneas de discusión. Pero, entonces, escucharon la voz del Maestro.

—Vengan acá, por favor —gritó el Maestro. —Detrás del *goshala*.

Rápidamente, rodearon la casa rumbo al *goshala*, el lugar donde se albergaba al ganado. Mientras lo hacían, un gran montículo de paja apareció a la vista. En lo alto estaba el Maestro. Llevaba una túnica blanca holgada y sostenía algo en las manos.

Los discípulos se inclinaron para ofrecer *pranam*. Cuando se levantaron, el señor Mathur habló.

—Maestro, estamos muy agradecidos de verte. Pero, por favor, ¿nos dirás por qué esta paja está aquí, y por qué estás sentado sobre ella?

El Maestro sonrió.

—Esta paja es para mi ganado —dijo. Señaló a varias vacas que pastaban cerca.
—Y estoy aquí para ayudarlos a resolver sus discusiones de una vez por todas.

Los dos hombres estaban perplejos. El Maestro continuó.

—¿Ven esta aguja? —preguntó, levantando el objeto en sus manos. —Está hecha de hierro, y es más pequeña y delgada que el trozo más delgado de paja.

El Maestro dejó caer la aguja en el pajar.

—Ahora díganme —continuó. —¿Cómo haría cada uno de ustedes para encontrar la aguja ahora que está enterrada en este pajar?

El señor Mathur y el profesor Chatterjee se miraron uno al otro, y luego empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Uno a la vez —dijo el Maestro pacientemente. —Profesor Chatterjee, usted puede ir primero.

El profesor se enderezó un poco más y ajustó sus anteojos.

—Bueno —dijo. —Yo tomaría cada pieza de paja y la examinaría de cerca como si fuera un principio filosófico. La sostendría hacia la luz, examinaría su forma, evaluaría su peso, y la descartaría solamente después de haber determinado que, de hecho, *no* es la aguja. Lo haría de esta manera con cada pieza de paja hasta dar con la aguja.

La expresión del Maestro era impasible.

—¿Y usted, señor Mathur? —preguntó. —¿Cómo haría esta tarea?

El señor Mathur, que había estado mirando al profesor Chatterjee como si aquel hubiera perdido la mente, se volvió hacia el Maestro.

—Eso es fácil —dijo —Echaría un cerillo a todo este montón de paja. La paja se quemaría. La aguja de hierro podría quemarse un poco, pero debería permanecer intacta. Haría este trabajo en minutos.

Sonrió de manera autocomplaciente. El profesor Chatterjee, mientras, parecía escandalizado.

El Maestro habló nuevamente. —Ya veo —dijo con delicadeza. —Según entiendo, uno de ustedes estaría contento con sentarse aquí durante días enteros, clasificando la paja. ¿Y qué hay de mis vacas, profesor Chatterjee? ¿No estarían obligadas a esperar su alimento todo este tiempo?

El profesor tragó saliva. Parecía que no había considerado eso.

El Maestro continuó. —Y usted, señor Mathur, ¿destruiría todo el pajar y con ello privar a mi ganado de su alimento?

El señor Mathur dejó salir un suave “ahhh” cuando la comprensión pareció surgir.

—Existe, sin embargo, otra forma —el Maestro dijo. Descendió del montículo de paja.

—Observen esto —dijo el Maestro. Metió la mano en el bolsillo de su túnica y sacó un gran imán. Caminó lentamente alrededor del montón de paja, sosteniendo el imán en alto. Luego de algunos momentos, una sección de la paja empezó a moverse, como si algo estuviera intentando escaparse del interior. Unos momentos más y ¡saz! La aguja de hierro salió disparada y se adhirió al imán.

Tanto el profesor Chatterjee como el señor Mathur exclamaron en admiración. Su Maestro los miró con ojos cálidos.

—El imán está enfocado en la aguja —explicó. —Solamente conoce su deseo de reunirse con la aguja. De la misma manera, es su amor, su anhelo, sus esfuerzos enfocados y llenos de devoción lo que atraerán el amor de Dios.



© 2024 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Esta es una adaptación de una historia que Gurumayi Chidvilasananda ha contado en los *sátsangs* e Intensivos de Shaktipat de Siddha Yoga. Tiene sus orígenes en las tradiciones narrativas de la India.